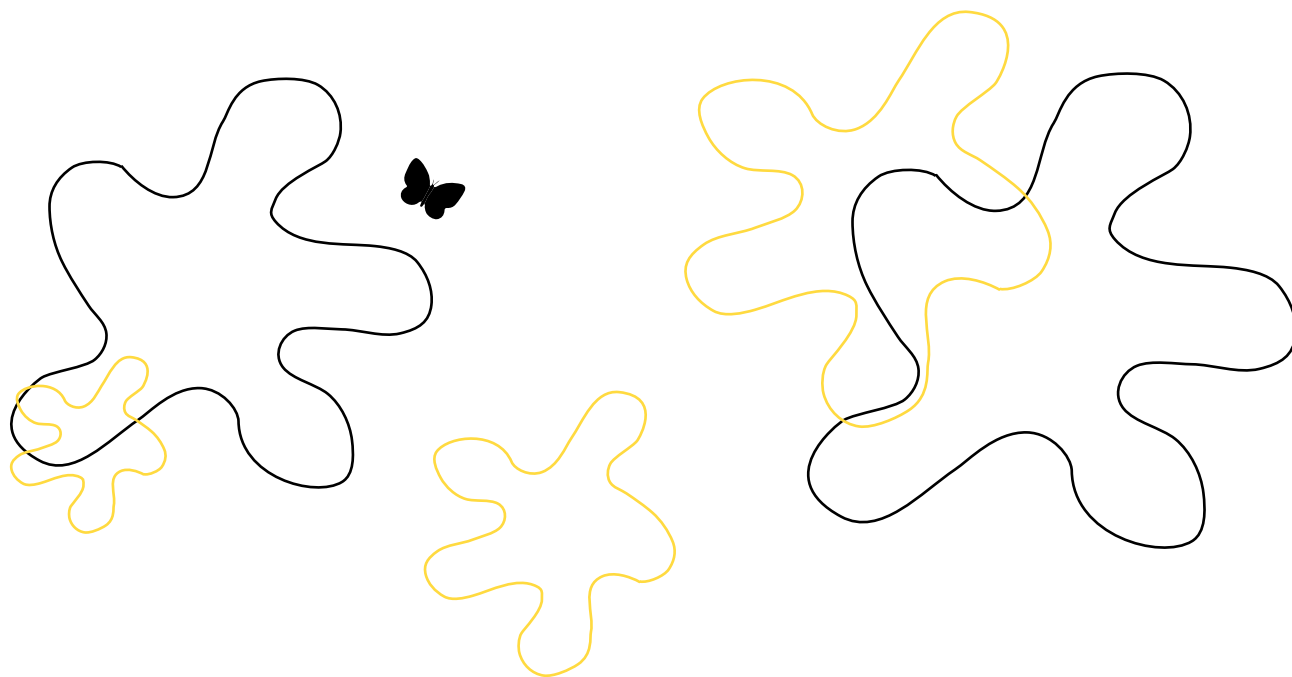


**ENTRE MÁQUINAS
Y COLORES:
EXPERIENCIAS
DE APRENDIZAJE,
ARTE Y
ESPERANZA
EN AULAS
HOSPITALARIAS**



Cuando ingresamos por primera vez a la Sociedad de Lucha Contra el Cáncer del Ecuador (Solca), el aire se sentía distinto. Había algo en el ambiente que mezclaba el silencio con el eco de las máquinas, el olor a desinfectante con los colores que colgaban en los murales infantiles. En ese contraste —entre la dureza de lo clínico y la calidez de los dibujos— comprendimos que estábamos entrando en un espacio donde la educación y la vida se encontraban cara a cara.

No sabíamos exactamente qué íbamos a sentir. Llevábamos materiales, témperas, pinceles, cartulinas y una enorme disposición para acompañar, crear y aprender. Sin embargo, nada nos preparó para la profundidad humana que íbamos a experimentar en aquel lugar. Los niños nos recibían con

sonrisas tímidas, con curiosidad y, en muchos casos, con una valentía que desbordaba cualquier explicación racional. En sus miradas había luz, esperanza y preguntas que se respondían con afecto más que con palabras.

Desde el primer día comprendimos que nuestra presencia no debía ser una simple visita, sino una oportunidad educativa y emocional. Como señala Paulo Freire (2000), “Liberation is praxis: the action and reflection of men and women upon their world in order to transform it” (p. 33). En cada jornada, entre pinturas y conversaciones, entendíamos que la educación hospitalaria no se trataba de imponer contenidos, sino de transformar el entorno y, al mismo tiempo, transformarnos a nosotros mismos.

El proyecto de vinculación EDUCAVIDA¹ nos había hablado de acompañar desde la empatía, pero vivirlo fue diferente. En el área de pediatría, el arte se convirtió en nuestro lenguaje común. Los colores reemplazaban las palabras que a veces dolían, los pinceles se volvían puentes y cada trazo era una forma de decir “Estoy aquí contigo”. Descubrimos que los niños hospitalizados no dejan de ser niños: sueñan, ríen, imaginan y, sobre todo, desean aprender.

Las actividades se desarrollaban entre camas, pasillos y pequeñas mesas improvisadas. A veces, una hoja de papel se transformaba en una ventana hacia otro mundo; otras veces, una caja de pinturas era el tesoro máspreciado del día. En esos instantes, el aprendizaje se hacía visible no solo en los productos artísticos, sino en las miradas, en la cooperación y en la alegría compartida. Cada creación tenía una historia detrás: un dibujo que recordaba a la familia, una flor dedicada a la enfermera, un sol que representaba esperanza.

Una mañana, un niño nos dijo, con una serenidad sorprendente, mientras lo ayudábamos a pintar una mariposa: “Ellas viven poco, pero vuelan bonito”. Aquella frase quedó grabada en nosotros. Representaba la filosofía silenciosa de esos pequeños: disfrutar el instante, hacer del presente una experiencia significativa. Comprendimos entonces que la educación hospitalaria debía centrarse en el aquí y el ahora, en acompañar con sentido y respeto los procesos emocionales que viven los niños en contextos de enfermedad.

En varios momentos, el arte fue también consuelo. Recordamos a una niña que, mientras moldeaba arcilla, dijo que quería hacer “una casita para cuando me sienta sola”. En su gesto había una metáfora poderosa: el arte como refugio, como construcción simbólica de hogar en medio de la incertidumbre. Como afirma Vygotsky (1978), “Learning awakens a variety of internal developmental processes that are able to operate only when the child is interacting with people in his

environment” (p. 90). En ese acto compartido de moldear y conversar observábamos cómo se generaban procesos de desarrollo emocional y cognitivo simultáneamente.

El hospital se convirtió, poco a poco, en un aula diferente: con pupitres pequeños y pizarras modestas, pero llenas de significado; sin campanas de recreo, pero con risas que resonaban como melodías de vida. Descubrimos que enseñar no siempre implica transmitir contenidos, sino crear experiencias significativas donde el amor y la creatividad se vuelven herramientas pedagógicas.

Freire decía que educar es un acto de amor, y en Solca aprendimos que amar también significa escuchar; escuchar los silencios, los gestos, los temores. En ocasiones, los niños no podían participar físicamente en las actividades, pero observaban desde sus camas, atentos y expectantes, como si a través de la mirada también formaran parte de la creación colectiva. Bastaba con extenderles un pincel o mostrarles una figura de papel para ver cómo sus ojos volvían a brillar.

Aprendimos a leer los gestos, a adaptar las estrategias, a improvisar. Si un niño no podía levantarse, transformábamos su bandeja en una mesa de arte. Si el cansancio aparecía, cambiábamos la actividad por una historia contada. En esas adaptaciones diarias se revelaba la esencia de la educación inclusiva: la capacidad de responder a la diversidad desde la creatividad y la empatía. Como señala Parrilla (2004), la inclusión escolar no es simplemente un fin alcanzado, sino un proceso continuo que requiere repensar las formas de participación de todo el alumnado. En Solca ese camino se pintaba con cada color que los niños elegían.

Hubo días más duros, cuando la tristeza se filtraba entre los colores. Algunos niños debían ausentarse por tratamientos más intensos, y en esos momentos comprendimos la importancia del acompañamiento emocional. Aprendimos que la docencia no solo se ejerce con materiales y estrategias, sino con presencia, escucha y sensibilidad. Ser docentes en formación en un contexto

1 Proyecto del programa Educación Para la Paz de la Universidad Nacional de Educación.

hospitalario nos obligó a mirar la enseñanza desde una perspectiva más humana y menos instrumental: enseñar también era sostener, mirar, cuidar.

Con el paso de las semanas, notamos que los espacios de arte se convertían en verdaderos talleres de vida. Los niños compartían entre sí, reían, se animaban. A veces se formaban pequeños grupos que pintaban el mismo tema; otras, cada uno seguía su propio impulso creativo. Lo más hermoso era ver cómo se apoyaban mutuamente: un niño ayudando a otro a sujetar el pincel, una niña regalando una hoja de colores a su compañero. La solidaridad nacía de forma natural.

Para nosotros, cada jornada fue también un aprendizaje. Al llegar a casa, reflexionábamos sobre lo vivido, sobre cómo cada pequeño gesto había transformado el día. Comprendimos que la educación hospitalaria es también un proceso de formación del docente: nos formó en la paciencia, en la empatía y en la capacidad de reinventar el acto educativo. Entendimos que la docencia, cuando se ejerce desde el amor y la creatividad, puede ser una forma de resistencia ante el dolor.

Con el tiempo, advertimos que el arte no solo transformaba a los niños, sino también a nosotros. Las horas que pasábamos entre pinceles y sonrisas nos enseñaron a mirar con otros ojos, a sentir con más profundidad y a valorar los pequeños gestos cotidianos. Cada trazo que veíamos en el papel era una lección sobre la resiliencia.

Había algo profundamente sanador en el proceso: cuando los niños mezclaban colores o inventaban formas también estaban reconfigurando sus emociones. Esa relación entre expresión y bienestar nos llevó a reflexionar sobre el poder del arte en los procesos educativos. En contextos hospitalarios, el arte se convierte en una estrategia pedagógica que promueve el aprendizaje cognitivo y la salud emocional. Como señala Ausubel (1968), comprender lo que cada niño ya sabe y siente es clave para que el aprendizaje adquiera sentido; por ello, las experiencias artísticas en el hospital permiten conectar la realidad del niño con su mundo interior.

Poco a poco comprendimos que el verdadero aprendizaje no ocurre únicamente en la transmisión del conocimiento, sino en la construcción conjunta del sentido. Nosotros no llevábamos respuestas, sino preguntas; no íbamos a enseñar únicamente, sino a compartir y construir con ellos. La pedagogía de Freire se materializaba en cada encuentro: dialogar, escuchar y acompañar era también una forma de educar.

En una de las últimas semanas realizamos una actividad colectiva que aún recordamos con emoción. Propusimos crear un mural imaginario entre todos los niños. Llevamos una gran cartulina blanca y les pedimos que plasmaran allí todo aquello que les hiciera felices. Algunos pintaron animales, otros soles, arcoíris, corazones o sus nombres. Lo más conmovedor fue ver cómo colaboraban entre sí: un niño que no podía moverse mucho le pidió a su compañera que le ayudara a dibujar su flor favorita. Cuando terminó, todos miraron el mural con orgullo. En ese instante, el aula hospitalaria se convirtió en un espacio de encuentro y comunidad, en una metáfora de inclusión y esperanza.

La experiencia en Solca también nos hizo conscientes de la importancia del vínculo docente-estudiante. Entendimos que más allá de las estrategias y metodologías, la enseñanza es una relación humana. Cada niño nos exigía una forma diferente de acompañamiento. Algunos necesitaban contención emocional, otros buscaban conversación o juego. Aprendimos a escuchar activamente y a respetar los tiempos de cada uno, comprendiendo que, como dice Parrilla (2004), “la inclusión es una ética de la alteridad; implica reconocer y valorar la diferencia como condición de aprendizaje compartido” (p. 5).

Las familias también se convirtieron en parte esencial del proceso. Muchas veces se acercaban a observar las actividades, a participar o simplemente a agradecer. Notamos cómo el arte abría un espacio de alivio para ellas, un pequeño respiro dentro de la rutina hospitalaria. A través de los talleres, las madres y padres podían ver a

sus hijos reír, crear y sentirse nuevamente niños. Ese efecto trascendía lo pedagógico y se volvía profundamente humano.

El trabajo colaborativo con el personal de salud fue otro aprendizaje invaluable. Las enfermeras, médicos y psicólogos comenzaron a ver en las actividades artísticas una herramienta complementaria a los tratamientos médicos. Nos coordinábamos para no interferir con las rutinas clínicas, y en varias ocasiones fueron ellos quienes nos ayudaron a motivar a los niños a participar. La sinergia entre educación y salud demostró que el bienestar integral de un niño hospitalizado no se logra solo con medicamentos, sino también con experiencias significativas que nutren el alma.

En el plano personal y profesional, esta vivencia marcó un antes y un después en nuestra formación docente. Aprendimos que el rol del educador no se limita a transmitir saberes, sino que implica acompañar procesos de vida. La docencia, en su sentido más noble, es un acto de encuentro con el otro; y ese encuentro solo es posible cuando se enseña desde el amor y la empatía. Freire (1997) lo expresa al afirmar que “to teach is not to transfer knowledge but to create the possibilities for the production or construction of knowledge” (p. 29). Eso fue exactamente lo que hicimos: crear posibilidades. Posibilidades para sonreír, para expresarse, para soñar, para sentir que, aun en medio del dolor, hay espacio para la belleza.

Cada niño nos dejó una lección diferente. Aprendimos sobre la fortaleza del espíritu, sobre la capacidad de resiliencia y sobre la importancia de la ternura en la educación. También comprendimos nuestras propias limitaciones, nuestras emociones y nuestra vulnerabilidad. A veces regresábamos a casa con el corazón lleno y otras con lágrimas contenidas, pero siempre con la certeza de que estábamos aprendiendo el verdadero sentido de ser docentes.

Hoy, al mirar hacia atrás, comprendemos que la experiencia no solo transformó nuestra forma de entender la educación, sino también nuestra manera de mirar la vida. Entre máquinas y colores

descubrimos que el arte puede sanar, que la empatía puede enseñar y que la educación puede florecer incluso en los lugares más inesperados.

Nos despedimos de Solca con la certeza de que la docencia es también una forma de esperanza. Aprendimos que cada niño, con su historia y su mirada, nos enseñó mucho más de lo que nosotros pudimos ofrecer. Que el acto de educar, cuando se ejerce con sensibilidad, puede ser tan poderoso como cualquier medicina. En cada trazo, en cada sonrisa, en cada silencio compartido quedó escrita una lección que llevaremos siempre con nosotros: enseñar es un acto de amor, y amar es también una manera de educar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ausubel, D. (1968). *Educational psychology: A cognitive view*. Holt, Rinehart & Winston.
- Freire, P. (1997). *Pedagogy of hope: Reliving Pedagogy of the Oppressed*. Continuum.
- Freire, P. (2000). *Pedagogy of the oppressed*. Bloomsbury Academic.
- Parrilla, Á. (2004). La educación inclusiva: un desafío a todos los sistemas y comunidades educativas. *Escuela Española*, 13, 7-9. https://www.academia.edu/53845515/La_Educaci%C3%B3n_Inclusiva_un_desaf%C3%ADo_a_todos_los_Sistemas_y_Comunidades_Educativas
- Vygotsky, L. (1978). *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Harvard University Press.